

## JUNTOS O NADA...O 54 KILOS

*María Benavides González\**

Era fácil explicar aquellas carcajadas. La luz era suficientemente tenue como para provocar la cercanía, el problema es que, en sí misma, también era una invitación para satisfacer placeres y pecados condenables de la forma más pública que el consumismo ha inventado: comiendo.

Éramos dos al final, seguimos siendo dos mientras avanzábamos, fuimos dos cuando no sabíamos lo que queríamos, dos en el espacio, pero acompañados, con otros montones que buscaban llenar su tiempo y sus cuerpos del caramelo convertido en agua.

Hubo una buena época, la de los cuerpos delgados: el cabello negro, oscuro, largo, lacio se desenvolvía con vida propia, atraía y distraía sin que pudieran verificarse sus efectos. El rostro estaba perfectamente enmarcado, delicado pero a la vez fuerte, tan masculino pero opuesto en sí mismo gracias a los tiernos ojos miel, los cuales se resaltaban sin querer... solo por ser lo mismo que todos los demás ojos, pero distintos.

Blanca palidez angelical refrescaba de vez en cuando las visiones de ajados rostros y comenzó su piel a estar demasiado suave, demasiado cercana a los músculos. Su cuerpo no era tan suyo en ese entonces, se afinaban la cintura y cuantas curvas pudieran afinarse en una escultura de diecinueve años de antigüedad; ser observada, admirada y eliminar todo lo dulce que se atravesara en su camino.

El ideal, los pantalones se caían de belleza porque no había panza que los sostuviera, cómo retornar si se notaba el estar siendo probado y reprobado por la sociedad todo aquello que hiciera daño a un sujeto impersonal, masa, de tan solo diecinueve años y solo un cuerpo para ser y representar el mejor y más adecuado -en cada contexto- papel.

Juntos o nada o cincuenta y cuatro kilos para ser escritos en un sueño de celuloide... en tanto el sueño de celuloide no sea de candente nitrato de plata. Ni trato ni nada, candentes estuvieron aquellas imágenes desde el primer cuadro, hace tan solo dos años.

Todo comenzó como una película inocente de estilo antiguo: las jerarquías, la distancia, preguntas envueltas en el celofán del interés académico. En la pulcra admiración de quien encuentra al fin una mente con respuestas, si bien veladas, pero con la capacidad de hacer pensar.

Fue un descubrimiento, un chispazo de posibilidades apenas entrevistas en ese momento, pero se proyectarían en el espacio inasible de un futuro que entonces no se sabía si iba o venía. – Será que vamos por un café algún día, me parece tan interesante (me excita la mente), me emociona la idea... Literatura. – Sí, como el infinito recorrido hecho para llegar hasta aquí.

---

\* Bachiller en Filología Española, Universidad de Costa Rica. Estudiante de la Maestría en Lingüística de la Universidad de Costa Rica

\* *Recepción: 03/03/10 - Aceptación: 21/04/10*

Había cambiado de nuevo uno de los personajes. La soledad y la timidez hacen maravillas cuando no se quiere comprender que las materias corpóreas fueron hechas para deshacerse con el transcurrir del tiempo. ¿Cómo era posible que simplemente uno tuviera que estar ahí, en la cola, sosteniendo las manos para evitar la censura de abrazar nuestra edad con las ganas retorcidas de un millón de chocolates al fondo de una barra de vidrio?, ¡qué natural!

- ¡De maravilla! Ese recorrido se levanta sobre mi fantasía y nos invita, con café y humo de palabras que se cruzan, a intercambiar calor-frescura de la piel de los antebrazos. – ¿De los antebrazos? pregunta absurda, cuando se sabe que no sirven para nada, únicamente para acumular grasa después de tragar... - ¿Palomitas dulces?

(- Sirven para caminar con paso dulce de dedos, los cuales intentan descubrir sin atreverse a más, con intención de goloseo tímido que se conforma con un leve retorcerse del deseo).

Pero para qué referirse al deseo cuando babeaba por una deliciosa bebida ultrarefrescante para vivir mejor la vida y etcéteras... como decía la canción cuando comenzabas a hablar en cualquier otro idioma... ridículos, ¿cierto?, te lo agradezco tanto “Juntos o nada”, cómo traducirlo si no querés estar solo más tiempo. Era poeta entonces y se rehusaba a declamar versos en los templos urbanos, pero podía sugerir “yo quiero estar todo el tiempo que sea necesario para inventar una nueva lengua, una nueva bebida que quite la sed, un poder decir sin sentirse cursi”.

[Ah sí, ‘juntos o nada’ era insieme oppure niente (porque oppure suena mejor que el simple ‘o’)

decime que es la primera vez que lo has hecho, para reírme disfrutando nuestra ingenuidad en camino de perderse

sí, carissima, es la primera vez y aunque viviera mil vidas no lo volvería a intentar con nadie más.]

(¡por qué tan descortés!

¿por qué tan descortés?

No, no, es algo que solo podría hacer con vos. Es maravilloso, hermoso y estimulante, y no quisiera llegar a mezclar el recuerdo con otros, por eso no creo que lo repita si nosotros dejamos de hacerlo -probablemente dejemos de hacerlo- pero entonces entraría la ventaja de la experiencia: poder transmitir y trascender en otros para hacer más “disfrutable” el poder reconocer nuestras carencias.

Yo sé que vos lo seguirás haciendo, cada vez mejor; por mi parte, no lo creo y así estará bien).

Fue entonces cuando se distanció la palabra para acercarse a los cuerpos... edades innumerables se reflejaron en las sonrisas que brotaron, las épocas desaparecidas hace millones de años surgieron nuevas ante la posibilidad de “quiero quedarme aquí por favor”, más educado: “¿puedo quedarme ahí, por favor?”

Te espero entonces; nunca se había visto tan delgada, su figura menuda era reflejo de su alma, así se le había quedado, adelgazada de tanto verse en el espejo de los demás que no era apropiado para despojarse de la ropa, sino y únicamente, según se resolvió en el momento, para arrancar a jirones la piel que estorbaba para seducir.

La respuesta que recibió esa educada solicitud milenaria fue una inmediata invitación a hacer de ese nicho un refugio de los cuerpos, un resguardo en el cual dejar que los labios se abrieran en aromas de luz azul, efectivamente, el azul neón abrió la oscuridad donde casi tropezaba la gente cuando caminaba al lugar correspondiente... siempre tarde (¿por qué siempre llegábamos tarde?).

Cincuenta y tres, cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho, nueve, sesenta... y hasta sesenta y dos; nadie sabía cuántas lágrimas me habían hecho derramar, llegar hasta sesenta y algo fue el temor más evidente, porque ya no era el momento, ¿infante?, no era justo quedarse así para siempre.

Llegamos tarde, siempre tarde, para que no nos aburrieran las historias completas, para que se nos abrieran los ojos del pasado y no nos cegara el porvenir desplegado cuadro a cuadro en una sucesión vertiginosa de amares y saberes.

Así que, dejando de lado las cosas de niños, el saber se apropió de los sentidos en el momento exacto; parecía necesario discurrir en el camino de las propuestas subvertidas. Hacer fila por más de veinte minutos parece estúpido si se está en medio del lugar fabuloso de la inmediatez, hacer fila me obligaba a pensar, era consecuencia de la inutilidad y fue el momento de recordar cuando la vida comenzó a ser en una gigantesca pantalla que, al igual que ella, me superaba en tamaño, en rapidez, en imágenes de las cuales nadie puede apropiarse sino tan solo por segundos.

No abran las cortinas... tal vez la luz sea demasiado clara y nos ciegue; aunque suene como la negación de Goethe<sup>1</sup> en su lecho de muerte, ahora la luz me intimida; las escenas tenues eran un reflejo de esta suspicacia iluminatoria que nos hacía descender una y otra vez hasta el famoso mostrador de vidrio: un placer, dos placeres, tres y corra que comienza de nuevo... Llegamos tarde, me río, siempre estamos llegando tarde a todo solo para enterarnos de últimos que lo sucedido al principio no es tan importante como el intermedio.

## Intermedio

Te ataco nuevamente porque solo descubro perfiles, imagino cómo van a ser las imágenes, allí sentados, en la penumbra de una historia a medio empezar, con las manos apretadas en caricias apenas insinuadas, comenzamos a sonreír porque los inicios se antojan superfluos y, al parecer, todo era así, superfluo... cuando en realidad lo que importaba no era la cantidad de caricias sino su intensidad; el peso era un hecho adjunto, y tampoco importaba, porque cuando uno se sienta deja de pensar.

No te descubrí sino cuando me di cuenta de que, a falta de otras energías, ya extrañaba perfumes y memorias que no me pertenecían, otros tonos, carcajadas alternativas, cafés, helados, atardeceres inocentes en un octubre que se negaba a hacerse lluvia, un diciembre un poco adelantado seguía pareciéndome extraño con un vos ahí en medio, ¿te diste cuenta de nuestra incapacidad por determinar los tiempos? Si preguntáramos de nuevo hace cuánto nos conocemos, no sería posible especificar el dato: te conozco hace dos miradas, muchas tardes, cientos de historias, ochocientos gramos más, como cuatro películas, centenares de palomitas, varias lágrimas...

Incapaz de entender mi angustia he recurrido un ciento de veces a los deliciosos delirios helados, no pudiendo contener mi ansiedad heme aquí, entregado a la nada de lo incompresible, al no saber qué sigue, al desconcierto del futuro deseando seguir allá atrás, como si sentándose a considerarlo al pasado se le ocurriera venir de visita; aunque, en mi propia contradicción, vuelves y no me gustas, quiero ese cuerpo, pero esta cabeza y la vida que aún no alcanzo.

Hoy tengo la palabra atrapada entre mi laringe y la angustia. No sé si podría esbozar siquiera lo que me hacen sentir esas contradicciones, ese continuo vaivén entre la cotidianidad vestida de indiferencia y la explosión de saberes y sabores que se pasean sobre nubes inverosímiles de cereza y arándano.

Volvemos siempre a los mismos temores, con el paladar hundido en los quehaceres de la lengua podríamos recorrer otros mundos atravesados por un volcán y una ceniza prehistórica... hagamos poesía, ¿quieres? Con cada complicidad que se abre a miradas aturdidas de los otros que no entienden, con cada palabra sencilla, con cada segmento de sonido minúsculo el cual rueda entre el asfalto y un asiento sucio de un carro que lo está aún más.

Nos seguimos encontrando entonces en los vericuetos del interludio. Hoy, ciclo de cine... te metés en mi ciclo de nuevo para -única y exclusivamente- decidirnos a dar de qué hablar sin que nos miren. Vamos. Juntos o nada. Guiñáme un ojo de pura complicidad latente. Esperame en el pasillo que se hace largo para nuestros segundos. Acordate que nos ven, el mundo no es solo nuestro.

Comencé a quererlo como quien no quiere la cosa, como se quiere a los extraños cuando expresan en una mirada cortesía y uno casi no se da cuenta.

No había imposibles en las filas, las cuales realmente eran espacios imaginados para esos cuentos infinitos que le revolotean a uno en cada surco formante de esa masa increíble llamada cerebro. Comenzaron a despreocuparme las sonrisitas de "pobre la tonta, si es que no sabe lo que está diciendo", todo se podía ver: éramos vitrinas en ese espacio lleno de colores tan disímiles.

Quiero tomar algo, bueno... lo que vos querás. La hemos pasado tan bien, ni siquiera recordaba esto..., es de noche, sí, cada vez más tarde.

- Adelantate.
- No, de qué me sirve sentarme sola. Juntos o nada, prefiero que juntos lleguemos tarde.
- Sí, juntos; si no, no tendría sentido esta fila (¿qué han sido, más de 20 minutos?).

Si supieras... cuando yo pesaba cincuenta y cuatro kilos creí que era el momento más feliz de mi vida... creí en la lindura; el cuerpo era perfecto, el alma estaba en "orden", sonreía y los ojos brillaban, no tenía arrugas la cara. La piel era suave y apenas se asomaba la vida como los ojos curiosos de quien aprende a espiar sobre los muros que le sobrepasan. Sí, era feliz porque no comía azúcar y era capaz de fingir la amargura.

- ¿Estás triste?
- No, solo recordaba.
- ¿Palomitas de maíz?
- Sí, gracias... las quiero dulces y saladas.

Mezclado. Así era todo, y una lágrima en forma de caricia rodó por su espalda.

#### Notas

- 1 Cuando Goethe moría, sus últimas palabras fueron "Más luz, más luz". La tradición intelectual quiere ver allí la condensación del proyecto del Iluminismo; mientras que otros, de sentido más práctico, piensan que el ilustre filósofo, escritor, o lo que sea, solo quería que abrieran las cortinas de su habitación.